

HISPANIA



M. M. 1900



R. CANALS.—LA ESPAÑA NEGRA

LA LIMA DE LOS DESEOS

APUNTES D MI CARTERA



A PENAS un asomo de razón iluminó las obscuridades de su cerebro, ya vieron sus ojos obstáculos mortificantes y sintió en su corazón el ansia de librarse de ellos. El silabario fué su pesadilla porque envidiaba á los que leían «en *Fleury*» y escribían «de palotes»; llegó á hacerlos, y le desazonaba la experta mano que guiaba á la suya, débil y torpe; escribió solo, y maldijo del método que le obligaba á trazar las letras á pulso entre líneas paralelas; escribió, después, libre y suelto sobre la blanca superficie del papel, y le quitaron el sueño las lecciones de memoria, los primeros problemas de la aritmética, la vigilancia de la niñera que le acompañaba en sus ratos de huelga, en plazas y paseos; y deseó con ansia llegar á esa edad en que termina la fastidiosa tutela de los rodrigones, y comienza el niño á campar por sus respetos.

También llegó pronto esa edad, porque el tiempo vuela; y le cambiaron los bombachos cortos por los calzones de largas perneras, la holgada blusa por la tirana chaqueta, y el birretillo gracioso por el empedernido sombrero; atáronle con una correa muchos libros, en latín los más divertidos de ellos, imponiéndosele la obligación de estudiar un poco de cada cosa todos los días, bajo la férula de otros tantos profesores, á cual más huraño y desabrido; y desde aquel momento empezó á envidiar la suerte del estudiante de Universidad que no necesitaba esclavizar los bríos de su temperamento á la engorrosa é inalterable ley de los *declinados* y de las conjugaciones; que era mozo con barbas y fumaba sin esconder el cigarrillo tras de cada chupada; que vestía como un caballero, viajaba solo y vivía en completa libertad. Entre tanto, cada hora de cátedra le parecía un año de cadena, cada examen le ponía fuera de quicio, y el peso de las lecciones pendientes

le amargaban los pocos ratos que le quedaban libres para jugar al bote en las aceras y al marro en las plazas públicas.

Así fueron corriendo los años de su bachillerato, años que le parecieron siglos en su afán de que pasaran pronto, y también llegó á la Universidad. Para entonces ya le negreaba el bozo en la cara; y como era un mozalbete hecho y derecho, comenzaban á dilatarse, arbolados y primaverales, los horizontes de su fantasía; el corazón palpitaba de regocijo en su pecho, rebosaba de vida y de esperanzas y se anegaba todo su ser en un golfo de delicias, sin fondo, sin riberas y sin tempestades. Pero tenía este mar un escollo, uno no más, contra el cual se estrellaba él en cuantos rumbos le trazaban sus inquietas imaginaciones: la Universidad misma, su condición de estudiante con las horas fijas de cátedra, su escasez de dinero y de levitas, su falta de verdadera independencia. ¿Qué era él, en sustancia, á la sazón? Entre los hombres, un niño; entre los niños, un hombre; es decir que en todas partes estaba de sobra, fuera de la ley... en todas partes, menos en la Universidad: precisamente donde él no quería estar. De modo que todos sus «ideales» se realizaban fuera de la región en que el deber y la edad le colocaban... ¡Ah! la borla, ¡la borla! ¡Cuando la ostentaría en sus sienes! La borla era la libertad, la independencia, el carácter, la verdadera carta de ciudadanía! La borla en sus sienes, era tener barbas, ser hombre, hablar en público, escribir, ser actor principal en la escena del mundo, adquirir fama, gloria quizás; de seguro, riquezas.

Y llegó también el día de ceñirse la borla, tras de muchos cursos ganados sabe Dios cómo, y sin haber pagado todas sus cuentas al sastre; pero pasando las penas del purgatorio, para que en tan largo número de años no conociera su padre los apuros de su vida.





Doctor, yo no sé en qué, tampoco en esta nueva jerarquía encontró lo que en ella había creído vislumbrar desde lejos. Desvanecíase su persona en la confusión de otros mil doctores de la propia ralea, y hasta observaba que no eran los más favorecidos por el aura popular los que tenían mayores merecimientos, sino mejores padrinos; ni estos los más venturosos, puesto que cada altura que ganaban de un salto, sólo les servía para codiciar con dobladas ansias otra mayor. Mortificábale esta invencible contrariedad de su carrera, y no resultaba, por ende, aquel punto el que le satisfacía para detenerse y acampar en él hasta el fin de su vida, colmadas ya sus ambiciones, y muertos, ó apaciguados siquiera, sus deseos. Molestábale también aquel vivir entre fárragos insustanciales que no podía barrer de su pupitre, porque ellos eran su pan y su vestido, fárragos acumulados por el movimiento maquinal de su cerebro de doctor, no producto de la febril ebullición de su fantasía que le arrastraba en bien distintas direcciones. Hastiábale, asimismo, la soledad en que

vivía dentro de su propio hogar, y suspiraba echando de menos, para estímulo en su trabajo y consuelo en su fatiga, el afecto noble y generoso de la compañera elegida por el corazón, y por Dios otorgada y bendecida. ¡Venturoso instante aquel en que estos sus deseos llegaran á realizarse! ¿Á qué más afanes ya ni más intentos?

Y llegó pronto el suspirado « mañana ». Pero los insaciables deseos no callaron. Faltaba algo en el cuadro de su felicidad; algo que es en el hogar doméstico lo que la brisa y los pájaros en el bosque: armonías y regocijo. Faltaban esos angelitos con ojos azules, húmedos labios y dorados rizos... Y también vinieron, según los días y los años fueron corriendo; vinieron lanzando el primer vajido antes de abrir los ojos, especie de protesta que exhala el alma, aliento de Dios, al sentir el contacto de la tierra, montón de barro de maldades. Pero los tiernos seres sólo eran ángeles en la figura; y cogían indigestiones, y padecían tos ferina y sarampión, y un soplo de aire frío los ponía á morir. La estadística

¡ Qué figuras, qué cuadros se pintan en el lienzo de su fantasía !

DRUJO DE FELIU DE LEMUS

acusaba una cifra espantosa de víctimas á aquella edad. ¡Qué pena cuando enfermaban! ¡Qué horrible pensamiento el de que podían morir, cuando le asaltaban por todas partes, y le comían á besos y le registraban los bolsillos y le aturdían con sus preguntas sin fin, en una lengua cuya gramática solo conocen los padres!

¡Años! ¡más años!... Que pasaran los años era su anhelo incesante, para que aquellas tiernas existencias, con mayor desarrollo, corrieran menos peligros. Además ¿no es cada niño un problema que ha de resolver el tiempo? Y ¿qué curiosidad más lícita que la que siente un padre por conocer esa solución? ¿Qué llegará á ser aquel inocente que se aflige por la rotura de su juguete, y ríe como un loco con la mosca que se estrella contra los vidrios del balcón, imagen fiel de la razón sin guía? ¡Y qué cosas ven los padres en esas contemplaciones, á la luz de su amor y de sus deseos! ¡Qué figuras, qué cuadros se pintan en el lienzo de su fantasía! ...Poetas ilustres, sabios ingenieros, invictos generales, tribunos arrebatadores... tal vez el arte glorificado, la ciencia transformada, la patria engrandecida... porque todo ello puede ser obra del hombre; y para estas aristocracias del genio no hay cuna de preferencia, y no habiéndola ¿por qué no ha de soñarla cada padre en la de sus hijos? Verdad que tampoco la hay para los monstruos del crimen; pero Dios no ha querido dar á los padres la espantosa tortura de poder imaginarse en el inocente sér que acaricia sobre sus rodillas, al héroe del presidio, ó á la presa del verdugo. ¡Qué vuelen, pues, las horas y los años! ¡que se aclare el misterio! ¡que se resuelva el problema!

Y voló el tiempo, y el niño inocente llegó á muchacho revoltoso, y el muchacho se hizo mozalbete presumido, y el mozalbete se transformó en hombre barbado; y en cada una de estas fases ó etapas de su vida se iban retratando otras iguales de la vida de su padre, cuyos descos, lejos de apaciguarse, á la edad de las abnegaciones y de los desengaños, crecían y se multiplicaban, porque vivía por todos y para todos y cada uno de sus hijos; y los cuidados y los afanes de éstos eran sus propios afanes y cuidados... hasta que un día, al tender la vista en su derredor, se vió solo ¡solo en su hogar! Unos muertos, otros ausentes... ¡nadie quedaba allí ya!... nadie más que él, con la carga de su vejez y de sus achaques.

Corto, muy corto, resbaladizo y pendiente era el camino que le restaba; y aun le parecía que era lento su andar y que el tiempo no bastante; aún esperaba mañana» el alivio de sus dolores y el calmante de sus

pesadumbres. Débil filamento es ya lo que antes fué árbol robusto de su vida; y aún sin cesar, le muerde y le adelgaza con la lima de sus deseos implacables; y sólo cesa en él el ansia de *otra cosa*, cuando con el último suspiro de la vida se desprende el alma de la grosera envoltura que la ha ligado á la tierra, y libre y purificada con la resignación y el martirio, vuela á su verdadera Patria, donde el tiempo no corre, ni la luz se extingue, ni la dicha se acaba.

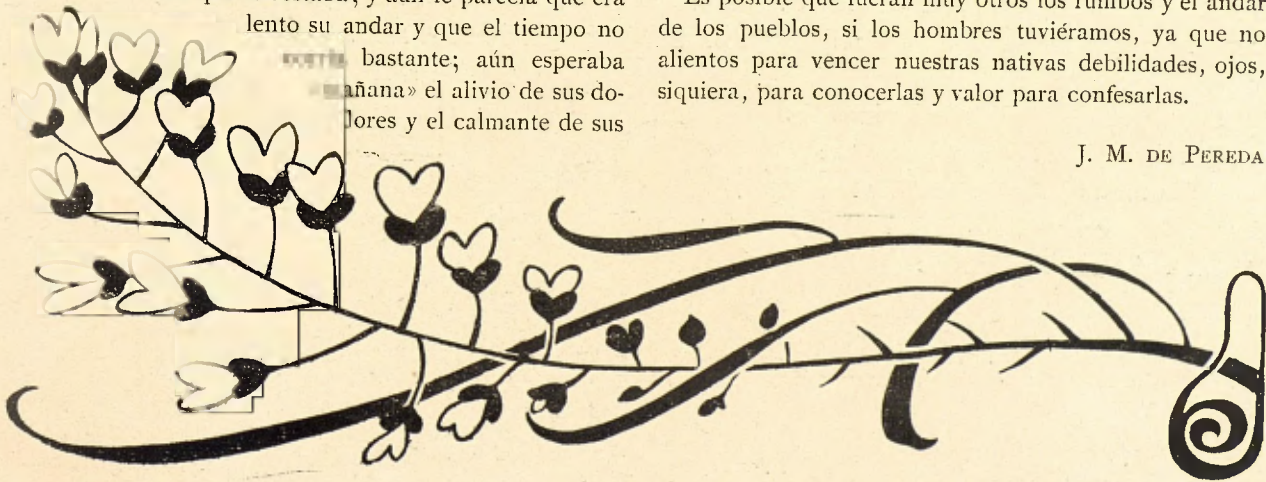
Tal fué, á grandes rasgos, su vida. Supla cada cuál con sus recuerdos y su experiencia, los detalles que faltan en el cuadro; los mezquinos, prosaicos deseos de cada instante: desde la bota que oprime, y el trabajo que fatiga, y el calor que sofoca y el frío que entumece, hasta el festín que se aguarda ó el ascenso ó el alivio, ó el mendrugo que se esperan. ¡Siempre el deseo empujando! ¡Siempre la lima mordiendo! Siempre, en fin, el alma, como desterrada en el mundo, ansiando por salir de él. No es otra la enfermedad que acusan nuestros deseos incesantes y nunca satisfechos: la nostalgia de la patria. ¡Lástima que no paren mientes en ello los sabios que han dado en engreirse con su ilustre progenie de gorilas y chimpancés! ¡Si al menos, y en virtud de su descubrimiento prodigioso, se vieran sanos de la enfermedad de los deseos! Pero ¿dónde los hay más insaciables que entre las luchas de la soberbia, enjendrada por los impulsos de una razón sin trabas ni cortapisas?

Los hasta aquí trazados, son rasgos de la vida, digámoslo así, del *hombre bueno*; el cual, con serlo y todo, jamás encontró en ella un punto de perfecto reposo, ni nunca hizo jornada que, al terminarla, deseara no pasar de allí. Pues fíjese un poco la atención, para completar el cuadro, en esas regiones sombrías donde la inteligencia se atrofia y el corazón se corrompe; donde el vicio es la ley y la miseria se impone con sus negros atributos de ignorancia, de envidias y de rencores. ¿Quién es capaz de medir el empuje y la velocidad vertiginosa de aquellos deseos? Ya no son lima que muerde en aquellas vidas agitadas: son, á un mismo tiempo, huracán que arrasa y precipita, y fuego que devora.

¿Qué es, pues, en sustancia, esto que llamamos *vivir*? ¿Qué tesoro es ese, por cuya guarda tantas injusticias y tantas maldades se cometen en la tierra? ¿Á qué queda reducido el espacio comprendido entre el recuerdo de lo último, ya pasado, y el primer deseo de *otra cosa mejor*?

Es posible que fueran muy otros los rumbos y el andar de los pueblos, si los hombres tuviéramos, ya que no alientos para vencer nuestras nativas debilidades, ojos, siquiera, para conocerlas y valor para confesarlas.

J. M. DE PEREDA



EL NÚMERO 13



HACE algún tiempo que la suerte, en cuyos brazos me entrego sin oponerle nunca la más pequeña resistencia, me llevó al gran casino de Monte Carlo. Hacer una descripción de aquel suntuoso edificio, sería cosa punto menos que imposible, sobre todo, disponiendo de poco espacio para ello; y por esta razón voy á limitarme al relato de lo que más fuertemente me impresionó durante mi estancia en la *Côte d'azur*.

Al comenzar todos los días las sesiones de la ruleta, veía yo un anciano de cabellos blancos, ojos azules, de profundo mirar; andar lento, delgado de cuerpo y elegantemente vestido, siempre de negro, que invariablemente tomaba asiento á la derecha de uno de los paleteros y que sin arriesgar en el juego un solo luis, permanecía horas enteras siguiendo con la mirada los saltos que daba la bolita de marfil antes de quedar inmóvil dentro de una de las casillas.

Al principio creí que sería uno de tantos *martingaleros* que después de estudiar profundas combinaciones pierden su dinero con la mejor buena fe del mundo; pero cuando vi que ni llevaba tarjeta, ni sacaba la cartera y que pasaba el tiempo como sugestionado por la rapidez vertiginosa de aquella esferita que giraba y giraba llevando á unos rostros la alegría y la desesperación á otros, comprendí que en aquel anciano había algún misterio y que su constancia obedecía á algo.

Tanto despertó mi curiosidad, que pregunté á todo el mundo, hasta que un día, estando en la *salle de conversation* interrogué á un viejo dependiente del casino que me dió la explicación siguiente:

Ese caballero que viene todos los años en la misma época y que permanece aquí dos meses justos, es un Lord inmensamente rico y que acude á Monte Carlo, como una madre

cariñosa ó un amante melancólico van á rezar y á poner flores sobre la tumba del hijo querido ó de la mujer adorada, cuyo recuerdo vive perenne en el alma.

Ese anciano tenía en el mundo un solo amor, demostrado con la tranquilidad que se traduce en todos sus actos, pero no por eso menos intenso.

Todos los afectos de su corazón, todas las ternuras de que su alma era capaz, habíalas reconcentrado y acumulado en un solo ser.

Su hija. Era esta una criatura angelical, rubia, con ojos grandes, azules, muy parecidos á los del padre; su mirada acariciaba, su palabra sonreía y las pocas veces que una risa franca aparecía en sus labios era una carcajada sonora y vibrante como los chorros de agua cuando caen en el pilón de la fuente. Á los diez y seis años, Kety enfermó y el Lord la trajo aquí para que se distrajera cuando ya las eminencias médicas de Europa la habían desahuciado.

Á la niña la divertía mucho jugar á la ruleta y siempre se sentaba en ese sitio que ahora ocupa el padre. El anciano se acomodaba á su lado, limitándose á dar ó tomar el dinero que Kety ganaba ó perdía.

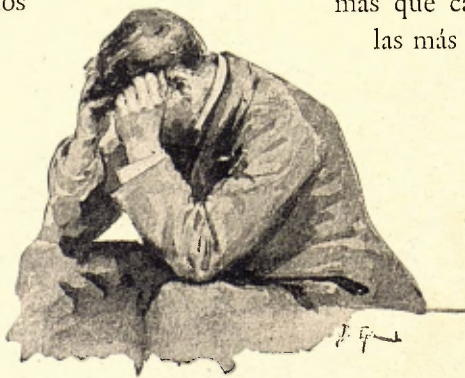
Al tercer año de venir á este país, la joven no era más que una sombra poco menos que intangible y un día, al incorporarse para cobrar un pleno de 10.000 francos que había ganado en el número 13, cayó sobre la mesa quedando su cuerpo inmóvil, sus ojos fijos en el número de la suerte y las manos crispadas sobre el tapete verde.

Desde entonces, el anciano Lord llega á Mónaco todos los años en la misma fecha y ahí se pasa horas y días pensando en su hija.

¡Quién sabe si reza!

¡Quién sabe si llora por dentro, con lágrimas que caen en el corazón y que son las más amargas.

EL BARÓN DE STTOFF





Señora Bonaplata



E. MAXENCE.—EL ALMA DEL MANANTIAL. (E. F., For.)



AL AMOR DE LA LUMBRE

Silencio en la casa,
silencio en la aldea,
la nieve y la noche
tendieron por fuera,
la nieve sudarios,
la noche tinieblas.

Me envuelve el reposo,
la paz me rodea,
tan solo se agitan
las fulgidas lenguas
del hogar, que en torno,
fantasmas proyectan.

La llama ondulante,
se enrosca en la leña,
la oprime, la estruja,
y así que hace presa,
con furia glotona
la muerde y la quema.

Y en tanto que abrasa,
sonríe altanera,
se crispa, se encoje,
se aguza, se ahueca,
y esboza perfiles,
que ardiendo se besan.

Después... ¡adiós, brillo!
La turbia humareda

se mece un instante,
sus copos se encrespan,
y arriba, en lo negro,
se pierden, se alejan,

Á veces la llama,
mordiendo en la leña,
se rompe en chispitas
que rápidas vuelan,
girando entre el humo
cual polvo de estrellas:

Y al cabo... - ¡Dios mío!
no es duda ni es queja:
ya sé que la vida
del hombre es hoguera
que al fin se resuelve
en turbia humareda;

Pero esos fulgores
que el humo atraviesan,
tan puros, tan vivos,
que tanto se elevan,
haced que ¡Dios mío!
no todos se pierdan!

Que el leño se abraze,
no importa: que muera;
mas no los chispazos
de llamas excelsas,
que cruzan la vida
cual polvo de estrellas.

M. MORERA GALICIA

PARÍS SALÓN 1899



E. MAXENCE.—EL ALMA DEL BOSQUE. (E. F., Fot.)



Rendición de Marbella

ARTE ANTIGUO

Los relieves de la sillería baja de la catedral de Toledo

Los curiosos que visitan el coro de la catedral de Toledo se sienten, desde el primer momento, fascinados por la obra arquitectónica y la valiente talla del coro alto que hicieron Alonso Berruguete y Felipe Vigarni, comunmente llamado de Borgoña. El Renacimiento nos seduce más que ningún otro estilo artístico, porque en él vemos pujante el gusto moderno. El entusiasmo peca fácilmente de exclusivo y por esta causa suele no prestar atención al coro bajo, cuya sillería es obra *gótica*, con relieves de gran valor histórico y arqueológico, pues desarrollan ante los ojos del observador las gloriosas páginas de la epopeya de los Reyes Católicos, conocida con el nombre de Guerras de Granada, término dichoso de la Reconquista. Es una historia gráfica de aquellos triunfos inspirados por la fe religiosa y alcanzados por la fuerza de las armas y de la política; historia en que se nos representan con gran fuerza dramática y con un color descriptivo que no tiene la crónica, los principales hechos de armas; historia viva cuyo interés aumenta cuando sabemos que fué trazada por el entallador *maestre* Rodrigo, dos años después de la rendición de Granada, pues consta, por documentos, que comenzó la sillería en 1494 y la dió por terminada en 1495, siendo arzobispo de Toledo el gran cardenal Mendoza, actor principalísimo de aquellos sucesos y, sin duda alguna, el inspirador de tal obra artística, el mejor monumento en que se conmemoró tan fausto suceso. No cabe más auténtica representación de él y debieran no olvidarlo los artistas cuando tratan de resucitar aquella época. Quien desee conocer como guerrearán, como vestían, cual era el porte y maneras de vencedores y vencidos, en aquella

página de la historia patria, no puede excusarse de consultar estos relieves. Para desarrollar los asuntos se atuvo, necesariamente, *maese* Rodrigo á la narración de algún cronista ó testigo presencial de la guerra (pues no consta que él lo fuese) acaso del mismo cardenal, que de seguro tomó parte muy activa en la invención de tales relieves, y que debe considerarse como la mejor garantía de la fidelidad de esas representaciones, las cuales concuerdan por otra parte con el relato histórico. No faltan allí el intento de regicidio de Málaga, la sorpresa de Alhama, la concurrencia del rey y de la reina en el sitio de Moclin y en otros puntos. En casi todos los cuadros está el rey D. Fernando al frente de sus tropas, en muchos la reina D.^a Isabel y, en no pocos, el cardenal.

Son estos cuadros en número de cincuenta y cuatro, tantos como las sillas cuyos respaldos decoran; cada uno apoya sobre una ancha moldura, adornada con figuras de jublars y de animales reales ó fantásticos, en alto relieve, y está dentro de un hueco limitado por dobles columnillas y un arco rebajado con un festón de labor calada, formado por tallos serpenteantes, en algunos de ellos con granadas, emblemas parlantes de la empresa. En todos los cuadros el fondo consiste en los muros, torres y puertas de la plaza fuerte sitiada, tomada ó rendida. La arquitectura de tales construcciones no tiene por cierto nada de común con la de los árabes; antes bien denota que el entallador tomó por modelos las fortificaciones castellanas. En una de las torres, grabado en caracteres góticos, está el nombre de la plaza. Estos nombres, tal como se leen, empezando por las sillas del ala

derecha, llamadas de la epístola ó del arzobispo, son, luego de los relieves de los tres primeros asientos, que no tienen inscripción, los siguientes: *Altora, Melis, Xornas, Erefan, Alminia, Baza, Mala* (dos veces), *Salobreña, Almuñecar, Comares, Beles, Montefrío, Moclin, Illora, Loja, Cazarabonela, Coyn, Cartama, Marbella, Ronda, Setenil, Alora y Alhama*. Los nombres de las sillas del lado del evangelio ó del dean, excepto la primera, tercera, cuarta, quinta, séptima y octava, que no los tienen, son: *Nixar, Padux, Vera, Huescar, Guadix, Purchena, Almaria, Rion, Castil de Ferro, Cambril, Zagani, Castul, Gor, Canzoria, Moxacar, Velez el Blanco, Gurarca, Velez el rubio, Soreo, Cabrera y Alminia*. El coste total de las 54 sillas fué de 700,000 á 800,000 maravedis, y consta una partida de 122,940 que se dieron al nombrado entallador á cuenta de los doce asientos fronteros del coro.

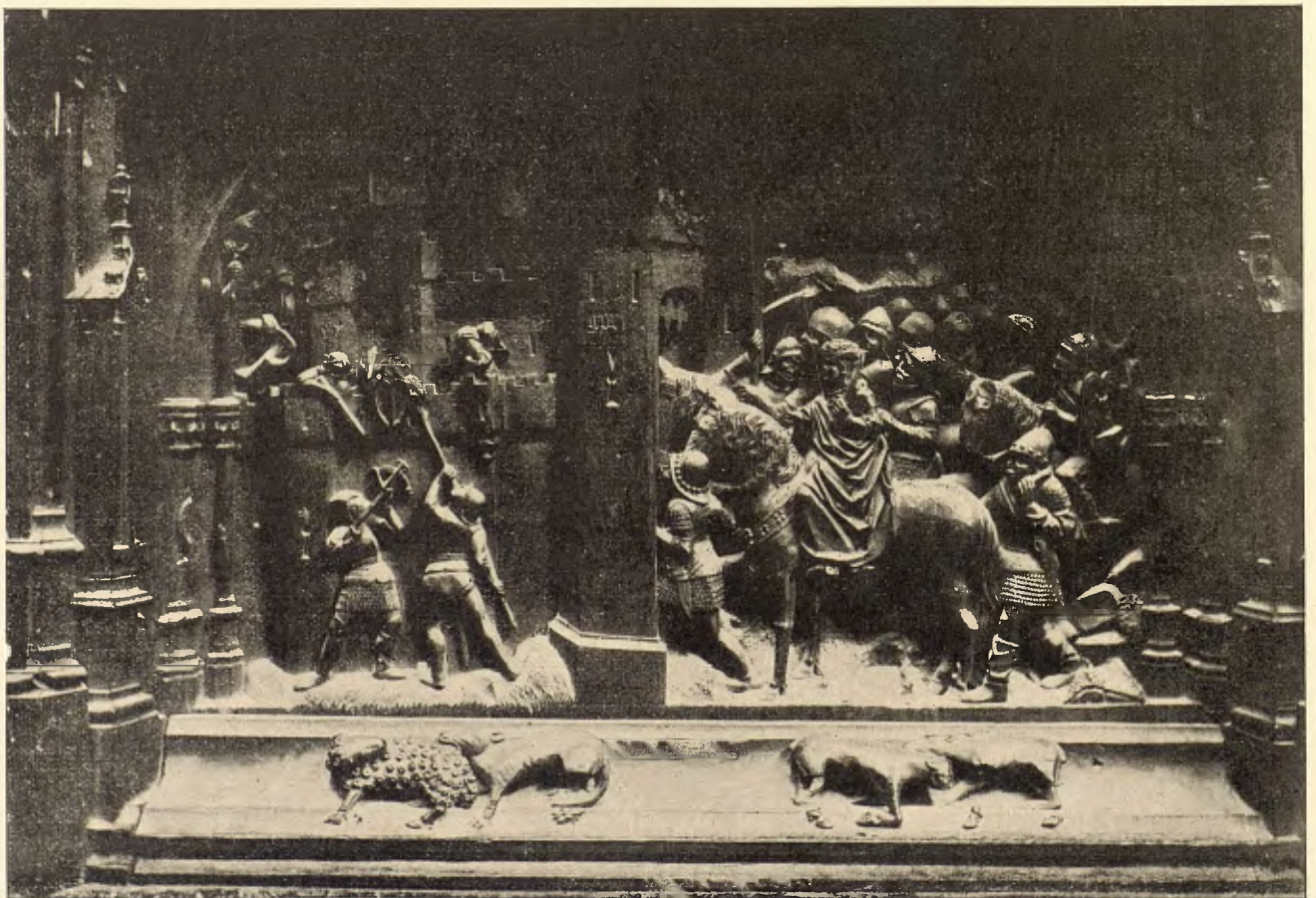
De dos relieves, uno de cada lado, ofrecemos al público fiel reproducción. Representa el primero la rendición de Marbella. En el medio aparece el rey D. Fernando, joven, gallardo y victorioso, vestido de armadura completa de las llamadas *góticas*, que fueron las primeramente usadas, y con su corona. Ante su caballo se postran para rendirle pleito homenaje, el alcaide y demás autoridades de la plaza, seguidos de trompeteros que tocan en honor del nuevo dueño. Son de notar los peregrinos trajes de los moros, consistentes en *tabardos* ó briales, turbantes con altos gorros y botas holgadas; véase también la lucida escolta del rey, compuesta de caballeros armados con celadas aragonesas, uno de ellos consolando á un moro que viene á caballo, montado á la jineta, á diferencia de los cristianos, que iban á horcajadas sobre la silla, afianzados sobre los estribos; véase la adarga que trae al brazo diestro el moro caballero, aquellas adargas de cuero que se fabricaban en Fez y ofrecían tan buena defensa para los envites de las lanzas y los tajos de las espadas. Aparte de

todo esto, cautiva al espectador la vida con que resucita ante sus ojos aquella victoria conseguida en el verano de 1485.

El otro relieve representa la toma de Gor, ofreciéndonos dos momentos distintos del hecho de armas: á la izquierda, los moros hostilizan todavía á los cristianos con piedras y mosquetes, desde el adarve de la fortaleza cuyos sitiadores atacan con ballestas y largas picas; á la derecha, se ve asomado á las almenas un moro que muestra en señal de rendición la llave de la plaza, y en la puerta de la misma, el rastrillo levantado, permite la entrada al rey y á su gente de á pie y de á caballo. Lleva D. Fernando un sombrero, con la corona encima, y envuelve su cuerpo con un manto bien plegado. Los soldados van defendidos con capacetes ó celadas, cotas de malla y brigantinas, calzan botas altas y llevan diversas armas.

En cuanto al mérito artístico de la obra del entallador Rodrigo, debe tenerse ante todo en cuenta que no la ejecutaría por sí mismo toda entera y mucho menos en tan poco tiempo. Como tantas análogas fué esta una obra de muchas manos, corregida y retocada en los trozos principales por la del maestro. Tampoco debe olvidarse que se trata de una obra gótica, con los defectos de conjunto, la proligidad de detalles y el predominio de la expresión sobre la belleza de la forma, caracteres constantes en todos los arcaísmos. Adviértense desproporciones, faltas de perspectiva, rudeza y aun barbarismo, á veces, todo lo cual se coloca sin pena en la cuenta de los ayudantes, cuando se reconoce la habilidad y el acierto del maestro en las figuras mejor puestas, más airosas y, sobre todo, más expresivas, que honran á maese Rodrigo. En suma, considerada esta obra entre las de su género y su estilo, es de las mejores y de las más interesantes que hay en España.

JOSÉ RAMÓN MÉLIDA



Toma de Gor

UN NUEVO LABERINTO

No es un laberinto... clásico, vamos al decir; esto es, un laberinto griego, como aquel de que nos hablan las fábulas mitológicas; pero es árabe y para salirse de él sin volverse loco, es preciso ya que no el famoso oville de Ariadna, que hoy sería muy difícil de encontrar, la buena voluntad de un portero conocedor del secreto y guía benévolo del viajero extraviado en aquel intrincado dédalo.

Tampoco hay que matar a ningún Minotauro, previamente, para salir de él — esto es, del Dédalo madrileño — con honra y vida, como logró salir el heroico hijo de Egeo; pero si la valentía es allí innecesaria, es absolutamente indispensable tener mucho ingenio, mucha paciencia y mucha nariz. Aunque bien mirado, resulten inútiles las tres circunstancias, puesto que por sí solo no consigue uno más que perder el tino... y divertirse un rato, que es lo que precisamente se trataba de demostrar.

El laberinto árabe está instalado en el Teatro Moderno, de Madrid, y consiste en varias galerías marcadas por 66 columnas que en sus múltiples uniones y combinaciones forman hasta 250 arcos. Enormes espejos cubren las paredes de dichas galerías y en el *espejismo* producido por los cristalinos muros reside todo el secreto y está toda la ilusión, ya que el visitante una vez metido en aquel intrínquilis, no ve en torno suyo más que centenares, millares de columnas, cuyas siluetas se pierden en lo infinito, mientras que a sus ojos se abren a derecha y a izquierda, por delante y por detrás, innumerables galerías que se extienden y se prolongan en todas direcciones, ofreciéndole salidas a granel: pero de estas salidas ¿cuál es la buena? *Ecco il problema*. En vano intenta el extraviado ciudadano orientarse: allí no hay orientación posible; en vano tuerce su rumbo a babor o a estribor; allí no hay brújula que valga; a los pocos pasos y cualquiera que sea la dirección que uno tome, encuéntrase invariablemente, con un espejo que refleja la mar de columnas y de galerías; retrocede el viajero, quiere tomar nuevo camino y sigue andando... y vuelta a empezar: en vez de la abertura de escape, de la puerta de salida, tropieza con el eterno espejo que tan pronto le ofrece

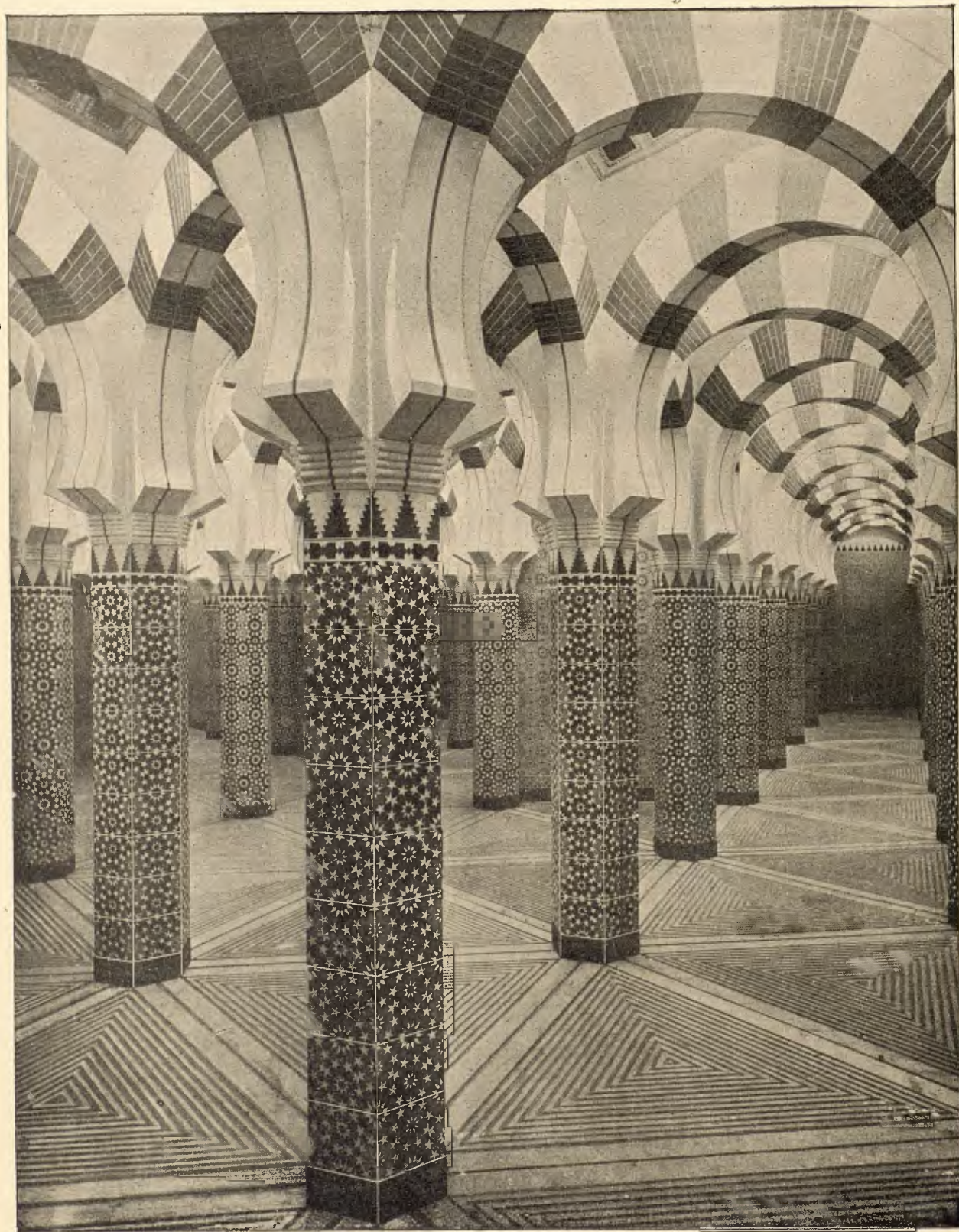
la brillante perspectiva de las interminables galerías como la propia y desconcertada imagen del visitante: todo depende de la inclinación de las lunas formando unas veces ángulos de 60 grados, otras de 45.

Desde que se inauguró tan divertido espectáculo, los madrileños acuden en masa al laberinto árabe, impulsados no tan solo por la curiosidad, sino por el amor propio y el deseo de conquistar el premio brindado por la empresa al explorador más listo o más afortunado que, por sí solo, diera con la clave del enigma. Muchas personas de quienes no puede seguramente decirse que ignoren la ciencia de hacer su camino en la vida, han tenido que renunciar a salirse, sin guía, del laberinto, después de volverse medio tarumbas; el mismísimo señor Romero Robledo, tan experto en laberintos... políticos, hubo de declararse vencido tras muchas tentativas.

Y cuando un hombre como el Sr. Romero Robledo renuncia a una empresa que se metió entre ceja y ceja, nadie debe avergonzarse de ser tan poco afortunado como él... y como tantos otros.

El distinguido arquitecto D. Antero de Oteyza ha sido el autor del ingenioso proyecto y el director de las obras, habiendo sabido combinar con exquisito gusto el decorado, cuyo conjunto es de tanta riqueza como de valía artística. En la parte superior, esto es, en los arcos y capiteles se nota la reproducción exacta de la incomparable mezquita de Córdoba. Las columnas cubiertas de mosaicos árabes y con azulejos de cartón piedra fabricados por la casa de Hermenegildo Miralles, producen bellissimo efecto, así por la originalidad del dibujo como por la riqueza y gradación de los matices.

En resumidas cuentas: un pensamiento ingeniosísimo, llevado a cabo con tanta habilidad como gusto y riqueza, y proporcionando un buen rato de honesto esparcimiento a grandes y chicos de uno y otro sexo. Felicitamos, pues, sinceramente al inventor, a sus colaboradores y a la empresa del Teatro Moderno, que a buen seguro encontrará en ese intrínquilis morisco, una legítima recompensa a sus sacrificios.



PROYECTO DE ANTERO DE OTEYZA

LABERINTO ÁRABE

FOTOTIPIA DE HAUSER Y MENET.-MADRID

Teatro Moderno, - San Marcos, 35, - Madrid



En la Junta General celebrada por esta Sociedad el día 30 del pasado Noviembre se dió lectura de la siguiente comunicación :

« En cumplimiento de lo expuesto en su atenta comunicación referente á los azulejos de cartón piedra remitidos por la casa Miralles, de Barcelona, he procedido á su examen.

» Consiste este producto en unas placas compuestas de tres clases de cartones heterogéneos, íntimamente unidos entre sí por medio de una fuerte presión hidráulica, á fin de evitar el alabeo, que pudiera producirse por efecto de las temperaturas elevadas. Están barnizados en el frente, dorso y cantos, lo cual los hace relativamente impermeables.

» Son ligeros, inrompibles y de fácil colocación. Ésta se obtiene, según se detalla en el álbum-catálogo correspondiente y cuyo sistema ha comprobado el que suscribe, por un ligero enlistonado de madera y una serie de clavos de reducidas dimensiones; debiendo barnizarse después el conjunto con una capa de barniz bueno.

» Las condiciones artísticas de estos azulejos como elemento de ornato son excelentes, puesto que tratan de sustituir, dentro de los límites propios de su naturaleza, á las verdaderas cerámicas esmaltadas.

» No es posible sostener hoy, como en otros tiempos, que la ornamentación cerámica sea genuinamente española.

» En efecto, sin remontarse á las placas esmaltadas del interior de la pirámide de Saq-quarala ó al magnífico friso de los arqueros del palacio de Darío, pieza maestra del Salón persa del Museo del Louvre; dando de lado por su vaguedad las fabricaciones del Cairo en el siglo XI que cita el viajero Nassiri-Khosran, las persas del XII mencionadas por Ya-Kont, y las indicaciones del monje Theófilo sobre las artes cerámicas de Occidente en la misma época, vemos que los mahometanos dominan esta fabricación en todos los países donde ponen su planta ó su arte, persa en Rodas, árabe en Sicilia, mauritano en España; y que ya en las centurias décima quinta y sexta ilustran la Italia las manufacturas de Faenza, Caffagiolo, Florencia y Urbino, con los Xantos y los Fontanas; y la Francia los de Viron y Saintes, con Cherpantier y Palissy.

» Pero si la ornamentación de esta rama de las artes del fuego puede considerarse como general, no es menos cierto que en España adquiere importancia grandísima con la enseñanza mahometana. Ya en 1350 se cita por el geógrafo árabe Zbu-Batutall la ciudad de Málaga como centro de enorme fabricación y exportación, y bien apreciados de los arqueólogos modernos son los alicatados granadinos y sevillanos, el célebre vaso de la Alhambra, las cerámicas con reflejos metálicos de Valencia y Mallorca y, ya en pleno siglo de Carlos V, las fábricas de Puente del Arzobispo, de influencias asiáticas, así como las de Triana, en las que el italiano Nicolaso marcó el gusto del Renacimiento de su país; continuando la tradición ceramista española en Talavera y Alcora, más castiza aquélla que ésta, que se dejó influir por los artistas que el Conde de Aranda hizo venir de Monstiers.

» Es, por tanto, digno de los mayores plácemes todo esfuerzo hecho por la industria española para resucitar tan bello sistema de ornamentación. Pero, siendo la verdadera cerámica producto de gran coste, es de alabar la casa de Miralles, que, partiendo del principio de la exigida baratura del producto industrial que domina la época presente, ha ideado un elemento de ornato de hermoso efecto, gran duración (siempre que se emplee en lugares propios, ó sea en interiores) y acertados modelos.

» La colección de éstos comprende imitaciones escogidas de los alicatados granadinos, de los azulejos mudéjares en ellos inspirados, de los revestimientos persas, de las placas medioevales coloridas y con reflejos metálicos, y de las cerámicas ornamentales del Renacimiento, sin olvidar algunos dibujos modernos y la asimilación de reconocidos y apreciados modelos de la casa Minton.

» Por todas estas consideraciones, esta Sección Artística estima que el producto llamado "Azulejos cartón piedra" de la casa Miralles, de Barcelona, reúne excelentes condiciones de aplicación y es altamente recomendable.

» Lo que tengo el honor de poner en conocimiento de V. E., cuya vida guarde Dios muchos años.— Madrid 29 Noviembre de 1898.—*El Presidente de la Sección Artística*, EDUARDO de ADARO.—*Ilustre Excmo. Sr. Presidente de la Sociedad Central de Arquitectos.*»

Lo que, en cumplimiento del acuerdo tomado, tengo la satisfacción de comunicarle para su conocimiento y fines consiguientes y para que pueda utilizar el informe cuando lo estime necesario.

Madrid 10 de Diciembre de 1898

El Secretario General,
(Rubricado)

Luis M.^a Cabello y Lapiedra, *Arquitecto*

Azulejos cartón piedra de HÉRMENEGILDÓ MIRALLÉS: 59, Bailén, 59; Barcelona

PLAFÓN DECORATIVO



40 piezas azulejos cartón piedra, en colores y relieve. Tamaño natural: 1^m X 1'60